SEGUNDA.

SOBRE LA ELOCUENCIA DEL PULPITO.

LAS instituciones francas y sencillas de los antiguos pueblos, los climas deliciosos de la Italia y de la Grecia, una naturaleza vírgen que ostentaba sus flores intactas á la vigorosa actividad de una imaginacion creadora, levantaron las artes y el ingenio á una altura, que nos obliga todavía despues de dos mil años á inclinar nuestra frente ante los simulacros augustos de Aténas y de Roma. ¡Quién hubiera previsto en aquella época lejana, que habia de llegar un tiempo en que, elevado el carácter de la oratoria á una dignidad mas eminente que la tribunicia y consular, obtendria el ingenio una superioridad incontestable sobre todo lo que mas se admira en los grandes modelos de los antiguos oradores?

Un soplo divino desciende de los cielos, saca al hombre de su esfera natural, y le comunica la fuerza poderosa, la fuerza irresistible de las concepciones eternas. El Evangelio aparece, y la elocuencia, consagrada hasta entónces á asegurar los derechos del hombre privado ó á promover los intereses de las grandes naciones, extendió prodigiosamente su poder sobre el sentimiento y la imaginacion: porque ya no tuvo que lisonjear las pasiones de un pueblo, ni que abatirse á emplear el lenguaje de la adulacion para inclinar la voluntad de un usurpador injusto en favor de la inocencia calumniada. Colocada en su verdadero punto, dirigida á su único objeto, eleva su voz augusta para revelar al hombre los misterios de la única divinidad, extender por todo el mundo el suave imperio de la moral cristiana, y ensalzar en los objetos mas pe-

queños de la naturaleza, así como en los mas grandes, la sabiduría, el poder, la inmensa majestad de su divino autor.

Me traslado en este momento al templo cristiano: yo veo á un sacerdote que, sin otro aparato que el de una cátedra sencilla, sin mas condecoracion que su carácter y sin otro influjo que el de sus virtudes, penetra hasta lo mas íntimo del corazon humano, y obra en los que le escuchan trasformaciones que nada tienen de comun con los triunfos de la elocuencia profana. Una mirada compasiva que dirije á su auditorio, un arrobamiento profundo que le enagena, unos ojos donde brilla el fuego de la caridad, una boca que se abre para descubrir los sentimientos de ternura que agitan su corazon, nos hacen olvidar al hombre y reconocer en él un ser todo divino. Elévase nuestra alma á los pensamientos mas nobles: el mundo no es nada á nuestros ojos; y el espectáculo de la eternidad viene á suceder entónces á los falsos prestigios, á las seductoras ilusiones y á las esperanzas engañosas. "¡Hijos mios, caros hijos!" He aquí sus primeras palabras, "he aquí, dice Chateaubriand, todo el secreto de la elocuencia del Crisóstomo campestre. Yo veo pendiente de sus labios á una muchedumbre dócil, observo que simpatiza con todos sus sentimientos. ¿Quién ha dado á este pastor humilde un ascendiente tan prodigioso en el alma del pueblo? En vano busco en cada uno de sus pensamientos aquella singular destreza con que el defensor de Ligario lisonjeaba el amor propio de un orgulloso general. Las palabras con que empieza, nos recuerdan aquellos tiempos felices de los patriarcas, en que un soberano no era mas de un padre, y la sociedad una familia numerosa. ¡....Hijos mios, caros hijos....! ¡Ah! ¿Eran estos, señores, los vínculos que en las antiguas repúblicas estrechaban á los oradores con el pueblo? ¿Desplegaron nunca sus labios para dejar salir de su corazon estas palabras llenas de ternura, estos restos queridos de la voz de la naturaleza? Sin duda que un lenguaje tan lleno de encantos, dirigido á un pueblo inocente y sencillo, donde no ha penetrado todavía el contagio maligno de una sociedad abandonada al lujo y los placeres, nos determina irresistiblemente á bendecir nuestra dicha de gozar de una religion tan pura, que nos habla tan de cerca y se insinúa en el alma de un modo tan dulce y al mismo tiempo tan victorioso. ¡Cómo se dilata mi espíritu cuando veo á este hombre venerable anunciar la doctrina santa á los buenos habitantes de la campiña! ¿Pero es por ventura ménos admirable cuando con un genio profético y con voz de trueno lanza sobre la pompa de las cortes, en el estrépito de

las conquistas y contra el orgullo de las grandezas humanas, los rayos de la palabra divina?

Yo me siento agitado por una conmocion extraordinaria cada vez que repaso en uno de los escritores mas insignes con que se honra la Francia este bello pensamiento donde están consignados los títulos augustos del ministro del Evangelio. "Ven, le dice, ven á ocupar en el santuario el lugar " del mismo Dios: todas las verdades morales te pertene- " cen: todos los hombres no son delante de tí sino pecado- " res y mortales; y los depositarios del poder no se distin- " guen á tu vista sino por sus mas graves obligaciones, sus " peligros mas terribles, y la espantosa perspectiva de un " juicio mas severo." Tales son, en pocas palabras, los principales caracteres de la elocuencia del púlpito.

¿Quién osará establecer la comparacion entre ella y la elocuencia profana? Bossuet y Massillon no son los rivales de Demóstenes y Tulio; una distancia incalculable los separa; y si ellos supieron aprovecharse de la energía que subyuga, de esa mezcla feliz del talento y la imaginacion, del sentimiento y la filosofía, del ingenio mas fogoso y el gusto mas delicado, fué ménos para marchar por sus huellas, que para asociar primores de segundo órden á bellezas de un órden infinitamente superior, á esas concepciones sublimes que nacen de la fuente misma de nuestro culto.

Bossuet sube á la cátedra de la verdad; convoca desde allí á todas las coronas del mundo; siéntese agitado por la divina inspiracion: el universo entónces no es á sus ojos sino un monton de ruinas; y al considerar el fatal término en que vienen á estrellarse los proyectos de elevacion que concibe la soberbia presuntuosa de los hombres, se indigna de tomar en sus labios la palabra grandeza, no mira en ellos sino una destruccion sobre otra destruccion, y al borde del sepulcro es donde con una voz llena de fuego proclama la nada de las grandezas humanas. Aproximando, por decirlo así, á la tierra las moradas invisibles, y la eternidad al tiempo, levanta su voz terrible para dar lecciones á los reyes, llora en una muerte todas las muertes, llama triste la inmortalidad que concedemos á los héroes, los busca en vano en los combates y en las victorias: en vano se fija en el sepulcro para encontrar allí siquiera sus despojos; su imaginacion se fatiga inútilmente para hallar con que nombrarlos, porque mira perecer hasta los términos fúnebres con que designamos sus miserables restos; y en medio del aparato suntuoso con que la magnificencia de las cortes pretende honrar la memoria de los grandes, no ve mas que genios llorando al rededor de un se-

pulcro, y columnas soberbias que parecen querer llevar hasta los cielos el magnífico testimonio de nuestra nada.

Trasportáos, señores, á aquel dia, (porque es mui grato para las almas grandes refrescar la memoria de ciertos objetos que les han arrancado alguna vez el tributo de la admiracion); trasportémonos al dia terrible en que Massillon separa del resto de los hombres á los fieles que le escuchan, cuando reduce á un instante el curso indefinido del tiempo, y cuando á los ojos de una augusta asamblea hace á la naturaleza exhalar el último gemido. "Acordáos de aquella fuerza, vehemencia y energía que siempre van en aumento, de aquellas pinturas espantosas que se engeudran y suceden con rapidez, de aquellos movimientos progresivos que preparan al auditorio para recibir el último golpe de la elocuencia, de los cielos que se abren, y de la repentina aparicion de Jesucristo que va á fijar la eternidad; del espanto del predicador, que se coloca en la escena al lado de su auditorio, sumergido en la ignorancia mas profunda sobre su último destino; de aquel apóstrofe capaz de desesperar que dirige á los justos; de aquella interrogacion sublime á Dios, á que la conciencia tiembla responder: "¡oh Dios! ¿en dónde están " vuestros escogidos, qué es lo que queda para vuestro re- " baño!" Para apreciar este triunfo de la elocuencia, dice Maury, es necesario suponer la religion viva en todos los corazones, y acordarse que todo un pueblo se levanta repentinamente por un movimiento involuntario; y cual si un rayo hubiera caido en medio del templo, el auditorio arroja un grito sordo y lúgubre de espanto y de fe. Luis XIV cubre su frente con sus manos trémulas, y el orador mismo, participando de la conmocion general, queda por algunos instantes en silencio, y parece mas consternado que toda la corte, á quien esta última vez se dirigia.

¡Cuán inferior, señores, aparece comparado con Bossuet el panegirista mas elocuente de la antigüedad, el panegirista de Trajano! En vano buscarémos en los monumentos de la elocuencia antigua cosa alguna que oponer á estos cuadros, porque solo la religion cristiana podia haber dado al genio este vuelo tan atrevido. Solo ella pudo haberse apoderado del corazon humano, combatiendo las pasiones dulces que le adormecen y cautivan, así como las impetuosas y vehementes que le arrebatan y trasportan: solo ella pudo haber eclipsado la celebridad de los primeros oradores, llevando el mas bello de los estudios al mas alto punto de perfeccion y grandeza, y dando á los hombres en los triunfos que adquiere la elocuencia un reflejo vivísimo de la verdadera gloria.

DISCURSO CIVICO

PRONUNCIADO

EN LA

PLAZA PRINCIPAL DE MORELIA

EL 16 DE SETIEMBRE DE 1838.